

LIBROS PUBLICADOS POR  
**LA REVISTA BLANCA**

- LA REACCION Y LA REVOLUCION, de Francisco P<sup>a</sup> y Margall.—En rústica, 4 pesetas; en pasta, 5 pesetas.  
EL INGENIOSO HIDALGO MIGUEL CERVANTES, de Han Ryner.—En rústica, 2 pesetas; en pasta, 3 pesetas.  
JESUS ES UN MITO, de Georges Brandés.—En rústica, 1'75 pesetas; en pasta, 2'75 pesetas.  
NAUFRAGOS, de Adrián del Valle.—Encuadernado en rústica, 2 pesetas; en pasta, 3 pesetas.  
EL ULTIMO QUIJOTE, de Federico Urales.—En rústica, 4 pesetas; en pasta, 5 pesetas.  
RENACER, de Federico Urales.—Encuadernado en rústica, 2 pesetas; en pasta, 3 pesetas.  
SEMBRANDO FLORES, de Federico Urales.—En rústica, 1'25 ptas.; ilustrada, 2'75 ptas.; en lujo, 4 ptas.  
LOS HIJOS DEL AMOR, de Federico Urales.—En rústica, 1'50 pesetas; en pasta, 2'50 pesetas.  
LOS GRANDES DELINCUENTES, de Federico Urales.—Encuadernados en rústica, 0'85 pesetas.  
LAS MARTIRES, de Federico Urales.—Encuadernado en rústica, 1'50 pesetas; en pasta, 2'50 pesetas.  
LA VICTORIA, de Federica Montseny.—Encuadernado en rústica, 2 pesetas; en pasta, 3 pesetas.  
EL HIJO DE CLARA, de Federica Montseny.—En rústica, 2 pesetas; en pasta, 3 pesetas.  
EL AVENTURERO DE AMOR, de Han Ryner.—En rústica, 2'50 pesetas; en pasta, 3'50 pesetas.  
CANTIGA DE MONTAÑA, de Elías García.—Encuadernado en rústica, una peseta.  
FLOR DESHOJADA, de Federico Urales.—Encuadernado en rústica, una peseta.  
«LA NOVELA IDEAL» (77 tomos).—El tomo encuadernado, 2'60 pesetas.  
«LA REVISTA BLANCA» (siete tomos).—El tomo encuadernado, 12'50 pesetas.  
LA INDOMABLE, de Federica Montseny.—Una peseta.  
LOS DEPORTADOS, de Charles Malato.—Encuadernado en rústica, 3 pesetas.  
BIOGRAFIA DE ELISEO RECLUS, de Max Nettlau.—DOS tomos, en rústica, 3 pesetas cada tomo; en pasta 4 pesetas.  
PROBLEMAS TRASCENDENTALES, de F. Tarrida del Mármol.—2 pesetas, rústica; pasta 3 pesetas.  
FUERZA Y MATERIA, de Luis Büchner.—2'25 pesetas, rústica; pasta, 3'25 pesetas.  
LA MULATA SOLEDAD, de Adrián del Valle.—1'25 ptas.  
LA MULATA SOLEDAD, DOS tomos, en rústica, 2'50 pesetas; en pasta, 3'50 pesetas.



**VIDAS HUMILDES** Por María del Amparo Borrás  
Núm. 229 15 Cénts.



DL  
2247152

## Volúmenes publicados de esta colección

1. *Mi amigo Julio*, de Adrián del Valle.—2. *Florecimiento*, de Federica Montseny.—3. *Abnegación*, de José Sanjurjo.—4. *¡Hermanos!*, de Salvador Cerdón.—5. *Las santas*, de Federica Montseny.—6. *Mi hermana*, de José Martín.—7. *El redentor*, de Isaac Pacheco.—8. *¡Engañada!*, de Federico Urales.—9. *El cacique*, de Barthe.—10. *Jubilosa*, de Adrián del Valle.—11. *El hijo de nadie*, de Federico Urales.—12. *El amor nuevo*, de Federica Montseny.—13. *El arreo*, de Solano Palacio, y *Al jabali*, de Salvador Cerdón.—14. *Madre*, de Antonia Maymón.—15. *Náufragos*, de Adrián del Valle.—16. *Redimida*, de Fernando Claro.—17. *Amor maldito*, de Federico Urales.—18. *Madrina de guerra*, de José Martín.—19. *¡Cudd de las tres!*, de Federica Montseny.—20. *El hereje*, de José Sanjurjo.—21. *La bella aldeana*, de Federico Urales.—22. *Luz en las tinieblas*, de F. Caro Crespo.—23. *¡Madres!*, de Rogelio Arnau.—24. *Los hijos de la calle*, de Federica Montseny.—25. *Esclavo de su culpa*, de José Castells Serra.—26. *El pecado de amor*, de Ricardo Vaque.—27. *Las dos son mías*, de Federico Urales.—28. *Amor y sacrificio*, de Solano Palacio.—29. *Maternidad*, de Federica Montseny.—30. *Esperanza*, de Ignacio Cornejo.—31. *Pigmalión*, de Carlota O'Neill.—32. *Peregrino de amor*, de Federico Urales.—33. *La alondra*, de Angela Graupera.—34. *El otro amor*, de Federica Montseny.—35. *Cielo y tierra*, de F. Caro Crespo.—36. *Jugar con fuego*, de Federico Urales.—37. *Camelanga*, de Adrián del Valle.—38. *El drama de un amor vulgar*, de J. Rodríguez Aragón.—39. *La última primavera*, de Federica Montseny.—40. *El triunfo del amor*, de David Díaz.—41. *El suicidio de dos enamorados*, de Federico Urales.—42. *La venganza de Jaime*, de Angela Graupera.—43. *Resurrección*, de Federica Montseny.—44. *Cómo se ama*, de José Espleas.—45. *Flores con y sin espinas*, de Federico Urales.—46. *Arrayán*, de Adrián del Valle.—47. *La hija del banquero*, de Romilda Mayer.—48. *Martirio*, de Federica Montseny.—49. *Aurora*, de Solano Palacio.—50. *Una aventura*, de Federico Urales.—51. *Como las águilas*, de Mauro Bajatierra.—52. *La hija del verdugo*, de Federica Montseny.—53. *Laudo de amor*, de Elías García.—54. *Un infanticidio*, de Federico Urales.—55. *Desterrados y raptos*, de Asensio Larrea.—56. *Maria de Magdala*, de Federica Montseny.—57. *El último baluarte*, de F. Caro Crespo.—58. *Aristócratas*, de Adrián del Valle.—59. *La perla*, de Antonia Maymón.—60. *El amante de Encarna*, de Federico Urales.—61. *Cautivos que se libentan*, de Luis Calventus.—62. *El rescate de la cautiva*, de Federica Montseny.—63. *La Virgencita de los Merinales*, de Mauro Bajatierra.—64. *Diez años después*, de Federico Urales.—65. *Armonía*, de Miguel Campuzano.—66. *Ambición*, de Adrián del Valle.—67. *Cain y Abel*, de Elías García.—68. *Si tú me quisieras*, de Federico Urales.—69. *Mariucha*, de Iván Chevick.—70. *Entre dos amores*, de Federico

## LA NOVELA IDEAL

Número 229

Maria del Amparo Borrás

## Vidas humildes



PUBLICACIONES DE LA REVISTA BLANCA

ADMINISTRACIÓN:

Calle Guinardó, 37, Barcelona



Se sirven colecciones completas encuadernadas y en números sueltos

Precio de suscripción: Un semestre, 3'50 ptas.

\* \* \*

No se devuelven los originales que no se publiquen

\* \* \*



LA PRÓXIMA NOVELITA SE TITULARÁ

### **Del monte a la llanura**

DE LÁZARO BROCAL

## **UNA OBRA EXCELSA**

Lo es la escrita por Max Nettlau sobre la vida pura y sublime de Eliseo Reclus. El niño, el joven, el hombre, el revolucionario y el sabio están descritos bellamente por las tiernas y firmes manos de un maestro.

La obra consta de dos tomos de trescientas páginas cada uno, a 3'00 pesetas. No hay necesidad de que se adquieran los dos a la vez. Es el libro más barato y más hermoso que ha editado «La Revista Blanca». Lleva los retratos del autor de la obra y del que la vivió.

Biblioteca Nacional de España

DONATIVO

Ejemplar donado por: *Javier Puente*

Fecha 22-09-21

## **I**

Sobre la mesa de trabajo, saltaron juguetonas las virutas.

Y la luz solar que entraba a raudales por las ventanas del taller, puso un nimbo de oro, sobre el cándido desperdicio de la madera generosa, que doblegábase bajo los dedos ásperos del joven carpintero, desprendiéndose en láminas ensortijadas, con el propio hechizo de una cabellera abundante y rizosa.

Se quedó el mozo en suspenso con el cepillo en la mano, mirando con fruición los espirales que formábanse ante sus ojos con gracia peregrina, mientras atraía a su mente el recuerdo de una bella imagen de mujer.

Quiso embromarle el dueño y lejos de reñirle por aquel breve descanso, dijo:

—Mira chico, no te fíes de esas virutas que se te enredan en la mano; procura sacudirlas...

Blas obedeció sin dar importancia a las palabras maliciosas de su patrón, dejando que cayesen los pedacitos de madera al suelo, en forma de cascada. Luego exclamó, mientras despegaba los labios, en un largo bostezo.

—¡Qué lástima!



—¿Es que te duele que caigan al suelo?—preguntó un camarada.

—Me sabe mal desperdiciar tanto... pero es inevitable para pulir bien la superficie.

—¿Ahora lo adviertes?

—No hombre; llevo cinco años haciendo la misma operación.

—Mas, quizá nunca miraste a las virutas con tanto cariño—repuso el dueño.

—Bien... puede ser...—tartamudeó el muchacho.

—¿Por qué será?

—Yo mismo lo ignoro señor Mallol—contestó Blas.

—Pues a mí me parece fácil adivinarlo... esas sortijillas rubias, inquietas, juguetonas... te recuerdan algo... acaso, una cabecita de mujer... ¿No tiene tu novia el cabello rizado?

—Sí.

—Ves hombre, como tienes motivo para mirar el desperdicio de la madera con embeleso.

—Quizá...

—Dalo por cierto, Blas; alguna vez se te habrán enredado también entre los dedos, los caracolillos de Irene.

—¡Nunca!—exclamó el carpintero, con aire de dignidad—puedo jurarlo.

—Bah, no lo tomes tan a pecho; la juventud reflexiona poco. Y a veces se propasa... aún recuerdo yo, algunas imprudencias de mi mocedad.

Callóse el carpintero escuchando con marcado interés la charla de su dueño, que era un hombre campechano y sencillo. Y casi dolíale pensar que a Irene le faltasen aquellas naturales exaltaciones, que el amor empuja con el ímpetu de una fuerza misteriosa e irrefrenable.

Tentaciones tuvo mil veces de trasponer el límite de la corrección y del respeto. Pero su novia las ahuyentaba con presteza, al mirarle de un modo casto y puro, tratándole de manera singular, procurando hablar siempre de cosas baladíes, por no sentir el rostro encendido en la lumbre de la pasión; por no abrasarse en el fuego de una palabra ardorosa; por no atraer hacia sí una caricia leve, rauda como el soplo de la brisa... como el paso célere de la ráfaga.

Al quedarse huérfana supo adoptar una actitud tan digna, que nadie hubiera osado a molestarla. Por otra parte procuraba con sabia prevención, hacer que la acompañase alguno de sus familiares. Unas veces eran sus hermanitos, los que la rodeaban, otras su tía Fuensanta. Y hasta en alguna ocasión, su amiga Julia, que era una muchacha humilde y discreta, a su parecer incapaz de traicionarla.

Se esfumaron al fin los amorosos pensamientos de Blas y dispóse el aire de melancolía de su faz morena. El taller rebosaba alegría a la hora del trabajo. Sus compañeros habían iniciado un cuplet frívolo, lleno de gracia picaresca. El lo tatataba también a media voz...

La madera se amontonaba en torno con aroma virgen todavía. Algunos tablones de pino, rezumaban resina, bajo los rayos de sol.

Muchos troncos de reciedumbre, mostraban vicios de naturaleza y defectos de difícil corrección. Nudos, carcomas y otras taras, que el buen operario debía hacer menos visibles, antes de terminar su trabajo que el barniz completaba, dándole un brillo atrayente y atenuando todas las imperfecciones, que no llegaron a corregir el cepillo ni el esfuerzo de los humildes carpinteros.



Era Blas un enamorado de su oficio, que prometía mucho. Habíase propuesto llegar a ebanista y soñaba un hogar coquetón, alhajado con el mobiliario que pudiera saciar las exigencias de un magnate.

## II

Irene se hallaba engolfada en su trabajo.

Apenas podía dedicar a su novio un pensamiento. Abrumada por la crítica situación de su casa, abstraída con frecuencia en amargas cavilaciones, hundíase con raro deleite en un abismo tormentoso. Eran cuatro los seres indefensos que vivían bajo su protección. Su tía Fuensanta, inválida ya para ganarse un jornal y tres hermanos menores, el mayor de los cuales contaba seis años.

De día y de noche, sin tregua ni descanso bordaba la huérfana, con verdadero frenesí, con ansia de cubrir todas las necesidades del hogar, que la muerte de un padre cariñoso, honrado y trabajador, había vestido de luto y de sombra.

Las constantes vigiliias y privaciones empalidecieron el rostro de la muchacha, hasta dejar en él una tonalidad alarmante; y en la faz del color de la cera, tan sólo ardía la mirada errante, fosforescente, con trémula flama de juventud.

Había perdido Irene la ufanía como la flor abandonada, en un mísero rincón del vergel, a quien se ha negado un beso de sol.

Cuando la conoció Blas, vivía su padre y se hallaban sus labios animados por una dulce sonrisa. La casa andaba viento en popa, aunque no fué su progenitor hombre de ciencia, ni de grandes negocios. Porque en su humilde condición, Narciso Vera, había sabido convertir cada gota de sudor de su frente, en un pedazo de pan.

Entonces la bordadora trabajaba sin prisa, deteniéndose a contemplar de vez en cuando el paisaje; y prendiendo la mirada en el firmamento, echaba a volar su fantasía.

La vida le parecía hermosa; los días resbalaban sobre su mocedad, como las aguas entre guijos, ensayando melódicos murmullos; dando un acento apasionado y vehemente, a todos los juveniles anhelos de su corazón.

Al quedar huérfana de improviso se apoderó de la joven un pesimismo invencible, que parecía robustecer el tiempo. Trabajó en vano el carpintero por distraer la imaginación de su novia, con el regocijo de la mocedad, que viste de ilusión todas las sendas. Mas, hubo de abandonar su empeño. Cada día era más agobiante el estado de ánimo de Irene. Hasta que en cierta ocasión, alarmado por el aspecto poco tranquilizador de la muchacha, temiendo un lamentable quebranto en su naturaleza castigada hubo de proponerle, con verdadero ánimo de ayudarla.

—¿Quieres que nos casemos? Volverás a sentirte animosa y tus hermanos hallarán en mí, el padre que perdieron.

—¡Jamás!—protestó la bordadora—le juré a mi madre que no les abandonaría, hasta que pudieran valerse por sí mismos...

—Es que no porque nos casemos vas a dejarlos; ¿no tienes fe en mis palabras? ¿acaso, me crees



incapaz de cumplir lo que te prometo, con sana intención?

—No tomes a mal lo que he dicho... esperemos... quisiera que estuviesen algo crecidos cuando nosotros formalicemos la relación... sentiría en el alma que te molestasen... Además, creo que nuestros afanes, dejarían incumplido mi sagrado deber.

El buen deseo de Blas quedó ahogado en el pecho como un lamento, como un suspiro, cual un sollozo.

### III

Transcurrieron tres años...

La salud de Irene se había resentido de tal manera, que amenazaba la total ruina. Porque como un edificio se desmorona, una existencia caduca, se convierte en nada, se reduce a ceniza, a polvo.

Su tía Fuensanta, que la acompañaba desde que murió la madre, cuatro años antes que el malogrado esposo, la instó entonces para que admitiese la protección que Blas le ofreciera con generoso impulso. Y añadió llena de buena voluntad.

—Casaos en santa paz... yo cuidaré de los pequeños.

Pero la bordadora también opuso resistencia, algo irreflexiva, creyéndose capaz de esperar todavía, fuerte para la lucha, que la iba aniquilando.

Así un día y otro día, así un año y otro año. Hasta que sintióse desfallecer, alcanzada por las garras

de una anemia espantosa. Cayó postrada en el lecho y hubo de visitarla el doctor Suárez, único que se prestaba a ejercer su carrera por misericordia, cuando el caso lo requería.

Le recetó un reconstituyente, añadiendo a la próxima un consejo de amigo.

—Procure usted trabajar poco—le dijo—y alimentarse mucho.

Ambas cosas le fueron vedadas a la huérfana. Se incorporaba en el lecho y todavía esclava de la aguja, trabajaba a ratos, dejando en algunas ocasiones rodar el tambor hasta el suelo, para recostarse desfallecida. Blas ignoraba su inmenso sacrificio, porque Irene le hizo creer que disponía de algunos ahorros, que bastaban para sufragar los gastos de su enfermedad. Pero una tarde la sorprendió sentada en la cama, cosiendo puntillas y lazos a un primoroso ajuar.

—¿Qué estás haciendo?—preguntó con marcado asombro.

—¡Bah! no temas, necesito distraerme y he logrado que me dejase trabajar un poco la tía Fuensanta.

Al día siguiente quiso continuar la bordadora su trabajo. Terminaba una canastilla de recién nacido, donde los motivos diminutos del bordado, exigían gran esfuerzo para su vista cansada. Dos veces consecutivas se frotó los párpados porque una nube parecía oscurecerle la mirada. De pronto soltando la aguja, exclamó:

—Abrid bien los postizos... me estoy quedando sin luz... ¡no veo!... ¡no veo!

Estas últimas palabras fueron expresadas con un acento amargo, que estremeció de horror a Fuensanta. Era la hora radiante del mediodía. El sol



inundaba la estancia, los postigos estaban abiertos de par en par. Lo primero que se le ocurrió a la buena mujer, fué que su sobrina había perdido el conocimiento. Sin embargo, no se atrevió a decirle que el aposento resplandecía, como un ascua de oro.

Se acercó solícita, le besó la frente y dijo:

—Descansa un poco.

Y en su azoramiento no advirtió la mirada extática de Irene, que acababa de perder el sentido de la visión, bajo el agobio del trabajo, única herencia de los humildes.

## IV

Cuando supo Blas que su novia se había quedado ciega, tuvo un arrebato de justa desesperación.

¡ Con qué dinero le pagarían a Irene el don precioso de la vista ! ¡ Quién la devolvería el gozo de la luz !

Y en su exaltación, cogiendo las prendas diminutas, que con tanto primor había confeccionado la huérfana, presentóse en casa de la señora, que había proporcionado aquel penoso trabajo, cómplice de la palpitante tragedia que estremecía su corazón.

Se encontró con una dama altanera, que no tuvo una palabra de consuelo para su espíritu y lejos de serenarle, le exasperó más al decir con impasible calma:

—Traiga usted la ropita, que la examinaré con detenimiento... algo habrá equivocado Irene, porque

ya debía estar mal de la vista... y si así fuese... usted comprenderá, que debe abonarme el género.

Fulminó el carpintero una mirada iracunda, terrible, sobre la clienta de su novia, que lejos de advertirlo prosiguió:

—Precisamente compré una ropa superior, que por cierto me costó carísima... ¿sabe usted a cuánto asciende, el conjunto de lo que le entregué a la joven?

—Poco me importa señora—repuso Blas irascible—¿acaso ha calculado usted el valor de la vista?

—¿Qué quiere usted decir?

—Me explicaré... ¿con qué dinero piensa pagarle a Irene, la pérdida experimentada?

La dama se echó a reír.

—Yo no puedo hacerme responsable de su desgracia — dijo.

—Pero yo quiero algo a cuenta...—rugió como un león el mozo indignado.

Y uniendo al dicho el hecho, rasgó una por una las prendas del ajuar, que la bordadora le había confiado. Fué tan rápida la acción, tan insólita, tan desconcertante que la señora no pudo impedirlo. Mas, una vez repuesta del sobresalto, presentó la correspondiente denuncia, añadiendo algunas circunstancias agravantes, que aunque falsas, podían exigir una mayor pena, para el enamorado delincuente.

Ante la amenaza de la justicia, sólo un camino halló Blas expedito; el de la fuga; y se fué lejos; muy lejos; sin más bagaje que el dolor, que le oprimía el pecho; sin más equipo que unas cuantas herramientas, que armaron su brazo contra el hambre y la miseria, enemigos aviesos de su vida sin fortuna.

Se despidió de la huérfana de un modo brusco y extraño. Parecía que su amor se hubiese convertido



en odio. Que todo le amargase los labios. No tuvo siquiera una frase de cariño, para la joven mártir de la suerte.

Fuensanta lloraba sin consuelo. Su llanto resbaló en silencio; su pena era mansa, pero profunda, inenarrable...

Los niños apenas supieron comprender la tragedia que habíase enseñoreado en la humilde mansión y cobijáronse bajo las alas negras del adverso destino, sin exhalar una queja.

# V

Probó la ciega la amarga cicuta de todas las humanas ingratitudes.

Fuensanta huyó empujada por la miseria y se puso a servir en una posada. Sus hermanos al crecer y llegar a valerse por sí mismos, la abandonaron sin compasión. Julia su amiga entrañable se apartó de ella, como de un leproso.

Nadie tuvo un rasgo generoso para la bordadora. Sólo alguna que otra frase de misericordia le acariciaba el oído ávido de piedad.

—¡Qué lástima de muchacha!

Se resistió la ciega a entrar en un asilo, consintiéndole mendigar, antes que doblegarse a un régimen de obediencia y sumisión; lejos de su casaca mísera, cuyas paredes le parecían amigas y acogedoras; lle-

nas del pálido reflejo de sus horas lejanas y felices...

Testigos mudos fueron de su juventud radiante; de las promesas del perjurio ausente; del cariño de sus hermanos; del sincero amor de su padre; de la solicitud de su tía Fuensanta, que marchóse en busca de un pedazo de pan.

Las palpaba Irene a veces con raro deleite y creía hallar aún en ellas, calor de vida. Otras veces las hacía confidentes de su quebranto. Y sólo cuando requería de los muros, con entraña de piedra algún consejo, comprendía su insensato proceder.

Jamás contestaron las frías paredes de su aposento, a las preguntas que Irene les hizo. Nunca, ni por alucinación pudo oír la voz misteriosa de los azores, prodigándole un consuelo. Y sin embargo, incapaz de sentir rencor la huérfana hacia los seres y las cosas que tuvieron para ella un gesto impasible, las besaba con dulce languidez.

Ya su anterior existencia le parecía un sueño. Había perdido la noción del tiempo transcurrido. Era torpe su palabra hundida en la soledad y el abandono. Triste su voz y trémulo su acento, cuando quería expresar lo que pensaba. Solía acomodarse cerca de un cementerio, hasta donde acudían las gentes con el alma deshecha en llanto, ante el gran misterio de la muerte.

Y allí extendía la diestra escuálida, como un lirio de cera.

Un niño rubio y pálido, que vestía con verdadero lujo y primor, arrastraba todas las tardes a su aya hasta aquel apartado lugar, depositando unas monedas de cobre en la mano de Irene. Aquel era su protector verdadero, el único que no faltaba un solo día.



La ciega le acariciaba algunas veces y hablaba con él a menudo. En cierta ocasión le preguntó:

—¿Tienes padre?

—Sí—repuso el pequeño.

—¿Y hermanos?

—No... soy hijo único.

—Así te darán todos los gustos... tendrás muchos juguetes.

—Si señora; pero también me canso de jugar.

—¿De dónde vienes ahora?

—Del colegio.

—¿Solo?

—Hoy no...—balbuceó—me acompaña una vieja criada regañona, que se ha quedado en la esquina.

—Anda pues, no te entretengas...

El niño se despidió cortesmente de la mendiga. Había sido engendrado en la entraña dura de la clienta de Irene, que denunció a Blas, torciendo su destino.

Le había contado la propia Fuensanta, el mal pago que hallara la ciega en su madre y no podía alejar la idea, de haber sido causante de aquella desdicha. Si bordando su ropa, perdió la huérfana la vista, justo era que él recompensara a la infeliz con arreglo a sus escasos medios.

Y guardaba el dinero que le daban para la merienda o golosinas, cumpliendo el sagrado deber que él mismo se había impuesto.

¡Cuántas veces los niños, dan lecciones de humanidad a los hombres!

## VI

Blas se había casado...

Y además de casarse, habíase envilecido. Ya no era un humilde carpintero, sino un gran señor, dueño de una inmensa fortuna, que padecía la atrofia completa de sus más nobles sentimientos.

Cambió su oficio de carpintero, por el de buen conquistador y contrajo matrimonio con la hija de un contratista de obras, que tenía inmensas propiedades en la fértil comarca valenciana. Se aposentó en un hogar lleno de comodidades; probó las mieles del ocio y las horas de tedio; durmió en colchón de pluma; paseó en automóvil, arrellanóse en cómodas butacas.

Fué a las playas de moda y sintióse atraído por las sirenas de la elegancia y la coquetería. Padeció el vértigo de todos los placeres. Supo mentir amores, pero no logró borrar nunca de su imaginación el recuerdo de Irene.

Sentía en el pecho clavada la espina de un cruel remordimiento. Y a veces le acosaba el deseo de volver a verla.

Aquel amor truncado, tenía en su corazón una fuerza irresistible y sugestionadora. Empezó a encanecer y en su hogar no halló el calor de un cariño sincero, ni la sonrisa de un infante...

Su mujer sólo se preocupaba de fiestas, reuniones



y visiteos. Y cuando se quejaba de algo, echábale en cara sin escrúpulo su origen humilde, cual si fuese la más repugnante afrenta.

Muchas veces recordaba la dama, dueña del primoroso ajuar que rasgaron sus manos ásperas en ciego arrebato; comparando a su esposa con aquella señora impasible, aferrada tan sólo al dinero.

Sin duda el oro envilecía, porque él mismo se advirtió cambiado.

Acabó por distraer sus ocios, trabajando la madera, en un apartado rincón de la suntuosa morada. Allí se encerró con sus herramientas, huraño a cuanto pretendió apartarle de su primitiva y modesta condición. Su mujer le llegó a creer perturbado, dejándole sumido a un completo abandono.

Le costó a Blas dominar la madera de nuevo. Pero con paciencia, llegó a obtener preciosos frutos de su trabajo...

Y otra vez vióse rodeado de virtutas juguetonas, traviesas, enortijadas, con raro hechizo de rizos y abundante cabellera.

## VII

Diez años habían transcurrido cuando Blas volvió a Madrid.

En el barrio de Leganitos, no quedaba rastro de Irene. Porque hasta la triste mansión en que tantos

años se cobijara, hubo de abandonar la ciega, falta de recursos...

En el taller del señor Mallol, su antiguo patrón, enteróse de que su ex novia hubo de recurrir a la mendicidad. Y un escalofrío, estremeció las fibras sensibles de su corazón. La carpintería en que había trabajado con entusiasmo juvenil tenía otro dueño. Pero quedaba todavía en ella, un operario que le reconoció con verdadero júbilo.

—¡ Hombre ! gracias a Dios que te acuerdas de los esclavos de la tierra... ¿ Has visto a Irene ?

—Ocho días hace que la estoy buscando.

—¿ Pero es que no vive ya en Leganitos ?

—No.

—Pues hará poco que se fué; yo mismo la socorrí a la puerta de su casa.

Blas se pasó una mano por la frente, como para alejar un pensamiento sombrío. Su compañero prosiguió:

—Dime... dime, ¿ qué pudo retenerte tanto tiempo lejos de nosotros ?

—La perra suerte... créeme Antón, ni yo mismo me explico las vueltas que he dado.

—Aquí en el taller, se comentó mucho tu boda.

—¿ Quién trajo la noticia ?

—Vete a saber... creo que el viento... porque verdaderamente nadie sabía donde te hallabas.

—¿ Se enteró Irene ?

—¡ Oh ! no... todos convinimos en callarlo... Al principio la veíamos con frecuencia... A veces, le llevábamos las sobras del almuerzo.

—¡ Calla por favor ! no me lo digas.

Y ambos entretuvieron largas horas de charla. Antón escuchó del antiguo compañero el relato de sus andanzas, con sincera emoción. Luego, contóle



también sus cuitas. Llevaba el peso de un dolor aplastante sobre el alma. Se le había muerto una hija tan hermosa, como el albor de la mañana. Tenía enferma a su mujer y apenas podía atender a las necesidades de su estado, con el escaso jornal.

Se hospedó Blas en casa de aquel hombre infortunado, con noble intención. Y mientras proseguía sus indagaciones, le protegió a manos llenas. La gratitud de la esposa enferma, desgraciada, pobre hasta padecer la merma del cariño filial; con el semblante bañado en lágrimas, le proporcionó al antiguo carpintero una dulce sensación; un gozo sublime que casi creyó redentor de sus culpas.

Cometió la primera falta, al dejarse arrastrar por un arrebató de cólera, disponiendo a su antojo, de las prendas que Irene había confeccionado.

Luego sintióse cobarde para volver a Madrid. Y fué labrando los eslabones de su existencia, de un modo fatal. Acabó por sentir una ambición desmedida. Creyó comprar la felicidad a cambio de un sacrificio, pretendiendo olvidar sus primeros y castos amores, casándose con una mujer de hielo...

La raíz del cariño que fué gloria de juventud, recobró entonces una irresistible fuerza, haciendo brotar los capullos del recuerdo en floración magnífica.

### VIII

Procuraba Antón ayudarle, a descubrir el paradero de la ciega.

Y recobrando la amistad que aquélla sostuvo con Julia, creyó posible saber por medio de la muchacha, dónde se hallaba Irene.

Contaba la joven cuatro años menos que la antigua bordadora, que abandonara el barrio de Leganitos, escenario de sus amores. Y como aun permanecía soltera, puso gran cuidado en conservar cierto atractivo...

Al fin hubo de recurrir a los afeites y masajes, obteniendo una apariencia de juvenil lozanía, a pesar de haber cumplido ya treinta años.

En la plenitud del desarrollo, vestida y compuesta sin omitir detalle alguno que pudiera contribuir a realzar su encanto, ofrecía aun agradable conjunto.

Blas tardó en reconocerla. Y casi hizo que Antón, dudase del hallazgo. Pasaron un día y otro día por delante de su casa, la vieron una y otra vez; hasta que se decidió el carpintero a preguntarle como se llamaba.

Ella dió un sentido malicioso a la pregunta, que le hiciera el ex novio de Irene.

Y clavó sus ojos grandes y escrutadores, en la indumentaria del varón que la interrogaba, diciendo:

—Antes podía usted haberse decidido... son muchas las tardes que le veo pasar.

—Perdone usted...

—La indecisión es ridícula en un hombre.

—¡Señorita!

—Siento haberle molestado, pero soy muy franca... y lo que pienso lo digo... a veces sin querer... no puedo remediarlo.

Los ojos de la joven se animaron de improviso. Un buen observador, hubiera comprendido fácilmente que Julia abrigaba la esperanza de haber enamorado a Blas.



¡Estaba tan cambiado, que ni por asomo le recordaba! Además, vestía de una manera tan distinta.

—¿Es usted...?—inició la pregunta con breve sonrisa.

—Carpintero—repuso él sin inmutarse—¿ya no me recuerda?

La sombra de una viva contrariedad, se pintó en el semblante de la muchacha. Pero dominóse y siguiendo la conversación, dijo:

—¿De qué voy a recordarle?

—¿No tuvo usted una amiga llamada Irene?

Tardó un momento Julia en contestar. Se dió una palmada en la frente y luego con aparatosa calma, exclamó:

—¡Ah! sí... la bordadora.

—Yo soy Blas.

—¿De veras? ¿No me engaña usted?

—¿Por qué he de engañarla?

## IX

Tras el breve diálogo, le rogó Julia que volviese a verla.

Y para hacer más sugestiva la invitación prometió en cambio, relatar algunos tristes episodios de la vida de Irene. Pero no pudo orientarle acerca de su paradero, que fingió ignorar.

Al despedirle con sonrisa insinuante, le retuvo la mano. En un momento había ideado la bella otoñal, todo un plan de conquista.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño. Se levantó al despuntar el día, algo nerviosa y descompuesta. Después del optimismo que la hiciera concebir torpes esperanzas, una duda cruel empeñóse en mortificarla. Blas la había hablado de un modo bien distinto al que pudiera animar sus propósitos. Procuró alejar Julia sus temores y para distraer la imaginación en algo grato, que la hiciera sentir el gozo de agradar, se puso a examinar uno por uno sus vestidos.

Tenía uno azul que la sentaba admirablemente. Lo planchó con esmero, se lo puso afanosa y miróse al espejo. Un relámpago de satisfacción brilló en sus ojos.

¡Qué hermosa estaba!

En su deseo de vencer hubiese querido adelantar los relojes de todo el Universo, por hacer que llegase la hora de recibir a Blas.

Su madre, una mujer aldeana de pocos alcances, no sospechó siquiera cuales podían ser las maquinaciones de la muchacha. Parecióle cosa natural, que se arreglase para recibir al forastero. Sabía que se trataba de un antiguo admirador de la hija del malogrado Narciso Vera, que fué buen camarada y aun vecino de su difunto esposo.

La idea de conocer algún detalle de la triste suerte de Irene, llevó al carpintero hasta la casa de Julia. Esta le recibió con gran alborozo y trató de disculpar su indumentaria, diciendo:

—¡No crea usted que visto así por dentro de casa! acabo de llegar de hacer una visita.

Al ver que el ex novio de su amiga no contestaba, prosiguió algo inquieta.

—¿Qué le parece? ¿me sienta bien el vestido?

—¡Ya lo creo! está usted muy linda.



—Lo estrené el domingo pasado, es la segunda vez que me lo pongo.

Así diciendo se irguió la joven, dando una vuelta con aparatosa actitud, para que Blas pudiese apreciar mejor la gracia de aquella prenda, que tanto la favorecía.

Tenía prominente el seno, cimbreante el torso, bien formada la pantorrilla; clara la tez, resplandeciente la mirada y tan rojos los labios, que hacían dudar del carmín que los coloreaba; sin casi apercebirse el visitante, entretúvose con raro deleite a contemplar los contornos de la bella cazadora, incapaz de agotar las municiones del ingenio para llegar al logro de su deseo.

Mas pronto su pensamiento volvió a Irene. Recordó el carpintero la dulce imagen de la ciega y sintió que los ojos se le nublaban.

Aceleró la despedida; de todo habían hablado menos de la bordadora. Quiso disculpar el olvido de Julia, suponiendo que retardaba el amargo relato por piedad. No podía admitir otro atenuante a aquel silencio.

Al día siguiente abordó la cuestión. Sentía una impaciencia incontenible. Pero no logró poner en claro el asunto. Y entre tanto el mariposeo de la hermosa coqueta, íbale ganando la voluntad. También había hallado disculpa el amigo de Antón, para todas las insinuaciones de la que en días lejanos, sentada junto a Irene, escuchara las vehementes frases de su juvenil delirio.

Aquella mujer ligada a la balumba de mil gratos recuerdos, parecía la única capaz de ir borrando de su corazón la imagen de la ciega.

Una tarde, ansioso de poner coto a la situación

violenta en que el plan de Julia le había colocado, le preguntó:

—¿Ha muerto Irene? ¿Usted lo sabe?

—Creo que sí, pero jamás debí descubrirlo.

—¿Por qué?

—Trataba de evitarle este disgusto.

—¡Qué buena es usted!—exclamó Blas agradecido.

Aquella tarde tras la breve despedida, sintió el viudo que se afianzaban sus deseos de casarse con la amiga de la que fué su primera novia y la más bella ilusión de su lejana mocedad. Parecíale que Julia jamás había de suponerse rival de Irene, que juntos podrían recordarla y bendecir su memoria.

## X

Antón advirtió a su amigo preocupado y le preguntó sin más rodeos.

—Pero, ¿qué te pasa? hace algunos días que apenas me diriges la palabra.

—¡Calla hombre! estoy trastornado... Julia supone que Irene ha fallecido.

—No creas a esa muchacha, me parece que te juega una treta; no sé por qué se me antoja que pretende cazarte.

—¿A mí?

—Claro, como que te has presentado tan elegante y debe tener buen olfato.

—Chico, vas abriéndome los ojos, ¿quién tengas



razón; he sido demasiado incauto, casi me dejó cojer como un chicuelo.

—¿Le has dicho que vives sin trabajar?

—Sí; todo lo sabe... hasta el capital con que cuento.

—Entonces desconfía, las mujeres como Julia no se enamoran jamás... Se alucinan como las mariposas.

Blas no echó en olvido la advertencia de Antón, al contrario, sin pérdida de tiempo puso a prueba a la joven, que hablale tendido el lazo de una seducción revestida de bondad, disfrazada con mil artificiosas habilidades. Además, hacía ya algún tiempo que venía ideando el carpintero, el modo de deshacerse de la fortuna que había heredado de su difunta esposa.

Si de su primer matrimonio le hubiera quedado un hijo, acaso hubiera pensado en multiplicar aquel caudal, por rodearle de comodidades, por ir colmando todos sus caprichos. Mas, quiso la suerte que nada le recordase aquella boda, y que volviese a Madrid solo, sin más carga que un tenaz remordimiento. Irene le había querido pobre y rudo. Le conoció trabajando la madera y supo apreciar su honradez, único patrimonio que le habían legado sus mayores. Y a veces, cuando exponía sus planes de llegar a ser rico, descubriendo apenas una ciega ambición, le decía:

—No hemos de ser más dichosos, aunque tengamos el dinero a montones... mi padre fué un humilde jornalero y el tuyo también... debemos conformarnos con tal suerte.

¡Qué grande, qué noble, qué bella, le parecía ahora a Blas la réplica de la bordadora!

Ciertamente, él había probado la engañosa caricia

de la fortuna, sin lograr un solo instante de felicidad. La esposa valenciana, la hija del poderoso contratista, llevó a su hogar el oro que envilece, ahogando todos sus nobles impulsos en la más vergonzosa humillación.

Podrá la carne estremecerse de orgullo y de placer al contacto suavísimo de una gasa vaporosa, podrá el hombre saborear con delicia la miel de los panales, podrán los ojos regocijarse con los fúlgidos destellos de una joya; mas, todas estas sensaciones no bastan para apagar la sed del corazón.

En el pecho humano, arde una hoguera que sólo puede ser mitigada por un beso, por una lágrima, por una caricia; y todos estos goces del espíritu, pueden florecer con lozanía espléndida en el fondo mísero de una choza.

Los niños disfrutan de un placer sublime, de una dicha cierta, mientras no saben el valor del dinero, mientras duermen confiados en los brazos de una madre, que son nido de amor.

Blas fué hasta la casa de Julia maldiciendo tácitamente su caudal, seguro de que no había de proporcionarle nunca una íntima satisfacción. Cuando el soldado, vuelve al hogar y halla abiertos los brazos de la mujer en cuyo seno halló la vida, cree enloquecer de felicidad; cuando un hombre, sea cual fuere su estirpe espiritual, ha llorado el recuerdo de una novia casta y vuelve a escuchar el timbre de su voz, siente un júbilo incomparable, un dulce temblor en el alma...

Con estas y aun más vivas argumentaciones, pretendió el carpintero hacer que Julia comprendiese el escaso valor del dinero, al tratarse de solidificar la felicidad, suprema aspiración humana.



—Todavía sabré ganarme un pedazo de pan— agregó optimista.

La joven le había escuchado sin pestañear. Una brusca contrariedad fué pintándose en su rostro, y borrándole la placidez de la mirada, deshaciendo en sus labios la sonrisa. El insistió, procurando acelerar una respuesta.

—¿Me querrás igual, verdad? Aunque renuncie a la fortuna que hoy poseo.

La bella otoñal seguía perdiendo el encanto de la faz, al ir desnudando poco a poco su pensamiento. Hacía algunos días que trataba a Blas con franqueza, que le tuteaba, que le fingía un cariño que andaba bien lejos de sentir. Por fin se acercó al pretendiente con impetuoso ademán y dijo:

—Tú no harás eso Blas, serás una locura... No hay en el mundo un solo hombre capaz de hacerlo... ¿Qué dirías si de la casa de enfrente abrieran el balcón, para arrojar el dinero a la calle?

—Diría que les sobraba, como me sobra a mí.

—Vamos, no seas mentecato... Hay cosas que vale más que sobren.

—Mira Julia, a mí el dinero que me dejó Elvira me estorbaba; hace tiempo que pensaba repartirlo entre los pobres... hay muchos inválidos, muchos seres, que aunque quieran no pueden trabajar.

—Estás ofuscado, cree que si tal cosa hicieres, algún día habrás de arrepentirte.

Fueron estas las últimas palabras de Julia; palabras de hielo; palabras huecas del sentimiento de piedad que anima a tantas mujeres; palabras de mármol, que cayeron como las losas de un sepulcro, sobre la naciente ilusión de Blas; de aquel hombre ansioso de ternura, perseguido por el hado adverso.

## XI

Al ser perseguida con rigor la mendicidad, Irene hubo de recurrir a la venta ambulante.

La civilización en su avance, como el huracán en su bravío empuje, iba desgajando las ramas endebles del árbol secular de la existencia, tronchando sin piedad las esperanzas de muchos desgraciados, de muchos menesteres. Y las severas disposiciones gubernativas se cumplieron bien pronto, apareciendo limpias las calles de rostros pálidos, de manos escuálidas y sarmentosas...

Ingresaron en benéficos establecimientos infinidad de ancianos, cargados de muletas y lacras, apartados de la vida ciudadana como si padecieran una lepra contagiosa. Algunos opusieron tenaz resistencia y tardaron a entregarse. No habían cometido ningún acto punible para que se les persiguiese, para que se les negase la libertad. Las paredes de un asilo se les figuraban sombrías rejas, muros de reclusión penitenciaria.

No ignoraba la ciega la terrible amenaza que cerrábase sobre su cabeza; se lo habían contado sus compañeros de infortunio, huyendo de los encargados de mantener el orden público; buscando un rincón en donde guarecerse, como el pájaro errante en el espacio.

Le proporcionaron décimos de Lotería, pudiendo al fin lograr por aquel medio, algún beneficio que la permitiese ir viviendo, sin el temor de ser reclusa.



De un lado a otro de la villa anduvo apoyada en un bastón, con el que palpaba los obstáculos, apartando cuidadosamente cuanto pudiera obstruirle el paso. Su voz tenía un timbre extraño y conmovedor. Hasta los transeúntes más despreocupados, solían volverse una y otra vez, para verla cruzar las calles céntricas, con el reclamo de aquella voz aguda e indefinible, que penetraba los corazones.

Cierto día fué Antón el que la halló a su paso. La fuerte impresión experimentada le paralizó la lengua. Quiso hablar y no pudo. La ciega siguiendo su camino, desapareció entre la gente.

Entrado Blas de lo acontecido, dirigióse al lugar en que su compañero había tropezado con Irene. Una semana permaneció en acecho paseando la propia acera, por donde había cruzado la novia casta, la inolvidable musa de su lejana juventud.

Sentíase desfallecer, cuando le alcanzó el pregón lastimero de la vendedora, agudo, quejumbroso, inconfundible; toda la amargura depositada en su pecho, la vertía aquella infeliz en el acento, como el pájaro traduce su alegría en la primavera; cuando se viste la enramada con la verde fronda, símbolo de esperanza.

—Para mañana—decía—el último que me queda.

Lejos de seguir andando el carpintero, retrocedió unos pasos. Y en el preciso instante en que la ciega le rozaba, con el borde del vestido, exclamó:

—¡Irene!

Hubo un largo silencio. Luego la voz de la vendedora, libre de dolor, gozosa como nunca, gritó:

—¡Blas!

Otra pausa, dejó en suspenso a los que tanto tiempo estuvieron unidos por el hilo frágil del recuerdo. Ambos corazones latían con violencia. La tarde ex-

piraba lentamente. En un surtidor próximo, temblaba el agua al caer estremecida, levantando suavísimo murmullo.

Se repuso la ciega y dando rienda suelta al sentimiento, dijo:

—¿Pero es posible? ¿Tú eres aquél?

—Si mujer no lo dudes... yo soy el que te hizo desgraciada.

—No digas eso.

—Debo reconocerlo Irene y pedirte perdón.

—Bah, aleja esas ideas tristes.

—Tienes razón... dejemos el pasado para mejor vivir en el presente... desde hoy seré tu lazarillo... ¿dónde quieres que te lleve?

—A cualquier sitio... no tengo casa... unos días me recojo en la bohardilla de una viejecita que me ofreció su apoyo... otras... duermo a la intemperie.

—Yo te llevaré hasta donde vive Antón.

Accedió ella gustosa. Una vida nueva le sonreía, tras la penosa existencia en que llevó auestas la doble carga de la miseria y las ingratitudes. Casi había olvidado a sus hermanos, apenas se acordaba de su tía Fuensanta. Sólo de vez en cuando tornaba a su memoria la charla de aquel niño, que fué su protector asiduo durante algunos años.

Antes de casarse Blas con Irene, cedió parte de su fortuna al infeliz Antón, para que pudiese atender cumplidamente a la enfermedad de su esposa, repartiéndolo el resto entre los pobres.

Buscó luego trabajo de carpintero, reanudando la tarea de pulir tablones y viéndose de nuevo rodeado de virutas. Tornaba a ser humilde, feliz entre la madera virgen y olorosa. Su hogar era un bello rincón de paz. El dinero de la esposa muerta, le hubiera



mortificado. En cambio el jornal, le llenaba de justa satisfacción.

Julia se cansó de esperar a su pretendiente. Y para disculpar su torpeza, decía:

—He sido muy tonta madre... ese hombre no tiene palabra... Con todas hará lo mismo.

Recobró Irene el don precioso de la vista y ya nada ensombreció la casa del buen carpintero. En su mesa hubo siempre pan y amor, supliendo otros exquisitos manjares.

¡Vidas humildes y atormentadas, fundidas en el crisol del sacrificio, sublimes en el regazo del dolor! ¡cuántos afortunados, cuántos próceres, debieran envidiar el oro de vuestros sentimientos y la grandeza de vuestros amores!

# El Luchador

PERIÓDICO DE SÁTIRA, CRÍTICA, DOCTRINA Y COMBATE

Año I	Suscripción semestre 3.50 ptas. Núm. suelto, 0.15 ptas.	Barcelona, 9 enero 1931 ADMINISTRACIÓN: Guinardó, 37 - Barcelona	Paquete de 20 ejemp. 2 ptas. Aparece los viernes	N.º I

Se publicará todas las semanas desde la primera del próximo enero

Se desean corresponsales en toda España y países de lengua española

**HÁGANSE LOS PEDIDOS, CUANTO ANTES**





## LOTES DE LIBROS BARATOS

### UN LOTE

«Los hijos del Amor», de Federico Urales;  
«Los Deportados», de Carlos Malato; «El he-  
lenismo en Turquía», de Angela Graupera; «El  
hijo de Clara», de Federica Montseny. Todos  
4'75 ptas.

### OTRO LOTE

«El Aventurero de Amor» y «El Ingenioso  
Hidalgo Miguel Cervantes», ambos del insigne  
escritor Han Ryner; «La Victoria» (segunda edi-  
ción), de Federica Montseny, y «Sembrando Flo-  
res», de Federico Urales: 4'25 pesetas.

Nuestros lectores de América, por un dólar  
pueden adquirir ambos lotes.

Dichos precios no tienen descuento, y para  
servir el pedido hay que pagarlo por adelantado.

Se pueden pagar en sellos

Urales.—71. *El y Ella*, de Paco Itir y José de Tapia.—72. *El amor errante*, de Federica Montseny.—73. *Flora*, de Joa-  
quina Colomer.—74. *El pitu de Peñarudes*, de Mauro Bajas-  
tierra.—75. *El príncipe que no quiso gobernar*, de Adrián del  
Valle.—76. *Liberación*, de Juan Ferrer.—77. *La de mis sue-  
ños*, de Federico Urales.—78. *Los unos y los otros*, de Ramón  
García-Diego.—79. *La vida que empieza*, de Federica Mont-  
seny.—80. *Aurora nueva*, de Antonio Estévez.—81. *¿Es usted  
mi madre?*, de Federico Urales.—82. *Coloma*, de José Cardena,  
—83. *Sor Angélica*, de Federica Montseny.—84. *Para que el  
hijo sea nuestro*, de A. Fernández Escobés.—85. *Del cielo al  
penal*, de Regina Opisso.—86. *El alimañero*, de Mauro Bajas-  
tierra.—87. *Lo que me ocurrió con ella*, de Federico Urales.—  
88. *Fatalidad*, de Elías García.—89. *La ruta iluminada*, de  
Federica Montseny.—90. *Amor que vivifica*, de Luis Calven-  
tus.—91. *El eterno problema*, de A. Fernández Escobés.—92.  
*El casamiento de mi novia*, de Federico Urales.—93. *Un drama  
en las Guillermas*, de Narciso Fontás.—94. *El último amor*, de  
Federica Montseny.—95. *Aura popular*, de V. Márquez Sici-  
lia.—96. *Las aventuras de unos niños*, de Federico Urales.—97.  
*El primer amor*, de Elías García.—98. *La tierra estéril*, de  
A. Fernández Escobés.—99. *Botones de fuego*, de Aurelio  
G. Rendón.—100. *Ladrón de amor*, de Federico Urales.—101.  
*¿Era su madre?*, de Regina Opisso.—102. *El tesoro escondido*,  
de Adrián del Valle.—103. *La fuerza del amor*, de Juan Mar-  
tín González.—104. *Los malcasados*, de Federico Urales.—105.  
*Del Madrid de mis amores*, de Mauro Bajas-  
tierra.—106. *El co-  
razón de la esfinge*, de Angela Graupera.—107. *Nuestra Se-  
ñora del Paralelo*, de Federica Montseny.—108. *El amor que  
queda*, de V. Márquez Sicilia.—109. *De maestro a guerrillero*,  
de Adrián del Valle.—110. *Los hijos del otro*, de Regina  
Opisso.—111. *El hombre adúltero*, de Federico Urales.—112.  
*¡No, no, eso no!*, de A. Fernández Escobés.—113. *La pequeña  
hechicera*, de Angela Graupera.—114. *Un Abel más malo que  
Cain*, de Aurelio G. Rendón.—115. *El derecho al hijo*, de Fe-  
derica Montseny.—116. *Los carrilanos*, de F. Barthe.—117.  
*Pedro el Justiciero*, de Regina Opisso.—118. *La mujer caída*,  
de Federico Urales.—119. *Una aventura original*, de Lorenzo  
Regalado y García.—120. *Los caminos del mundo*, de Federica  
Montseny.—121. *Micaela*, de Diego Ramón.—122. *Historia de  
la Cisca*, de A. Fernández Escobés.—123. *El retorno a la tie-  
rra*, de Angela Graupera.—124. *La moza alegre*, de Federico  
Urales.—125. *Mi honor, ¡no importa!*, de Regina Opisso.—126.  
*Contrabando*, de Adrián del Valle.—127. *Hacia otra vida*, de  
Mauro Bajas-  
tierra.—128. *La hija de las estrellas*, de Federica  
Montseny.—129. *Escenas del vivir*, de J. Ramos Concepción.  
—130. *Espinas y flores*, de Andrés Ramos Alvarado.—131. *El  
médico galante*, de Federico Urales.—132. *Destellos de luz*,  
de V. Márquez Sicilia.—133. *La tentación*, de Angela Graupera.—134. *Juan el tonto*, de Diego Ramón.—135. *Un delin-  
cuente accidental*, de Pedro G. Carrillo.—136. *Frente al amor*,  
de Federica Montseny.—137. *La tragedia de Leonora*, de Re-